

cialidad las mujeres prorumpían en gemidos y se cortaban sus cabelleras, homenaje de que podían redimirse prostituyéndose y ofreciendo al templo el precio de su deshonra. Propagáronse mucho estas adonias, no extrañas por cierto á la tradición de Osiris: las encontramos en Antioquia junto al Orónto, en Alejandría de Egipto en Atenas, en Chipre, en Argos; y Teócrito y Bion nos dan testimonio de la magnificencia de estas ceremonias y del afeminado luto que reinaba en ellas.

En Azoth se adoraba á Dagon, y á Derceto en Joppe; pero ignoramos el nombre que daban á Neptuno, en cuyo honor arrojaban al mar gran número de víctimas humanas.

Siete cabiros ó palekos eran los dioses protectores ó las fuerzas elementales; añadiase Esmoun, dios de la medicina, cuyo templo en Berito era frecuentado por los enfermos que iban á dormir dentro de su recinto y obtenían milagrosas curaciones. El padre de los cabiros era llamado Sydcko, príncipe del fuego; llevábanse sus imágenes en los barcos. Quizá fueron los fenicios quienes introdujeron este culto en la Samotracia.

El más grande de los dioses era Melcarte ó rey de la ciudad; era especialmente adorado en Tiro, cuyo poder creciente le valió sobrepujar también á todas las divinidades del país. El culto de este Hércules era llevado donde quiera que adoraban colonias fenicias, y formaba el vínculo entre éstas y la madre patria. Los cartagineses envían á su templo el diezmo de las rentas públicas al principio de la primavera, época en que acudían allí los tesoros de todas las colonias. En todas se le encendía cada año una gran hoguera, desde la cual se dejaba tomar vuelo á un águila; escena que trasladaron los griegos junto al Eta y que adoptaron los romanos en sus apoteosis adulatoras. Todavía existen en Malta las ruinas de un templo de Melcarte, pero el más notablemente espléndido era el de Cádiz, donde no había más simulacro que la llama.

Podemos juzgar del poder de los sacerdotes en el seno de este pueblo, viendo á su pontífice Siqueo, cuñado del rey Pigmalion, y halláolos esparcidos por entonces en Israel no bien fueron tolerados.

CAPITULO XVII

Del comercio.

Tuvieron los fenicios especial renombre por el tráfico; y como por culpa de los historiadores se juzga generalmente que las naciones de la antigüedad no fueron más que guerreras y conquistadoras, nos detendremos algun tanto á demostrar la importancia y la índole de su comercio, uno de los agentes más eficaces de la civilización.

Fácil es de imaginar que la necesidad sugirió el cambio mútuo; pero si preguntamos á la historia como se extendió de pueblo en pueblo; cuando se sustituyeron á los géneros los metales preciosos; dónde se acuñó la primera moneda; hasta qué punto ayudó el comercio á la civilización en un principio, esto es lo que no sabe revelarnos. Orillando pues las conjeturas para fijarnos en los hechos, reconoceremos que en la antigüedad se diferenciaba el comercio del de los modernos en que se hacía principalmente por tierra. No es decir que no fuesen surcados los mares, y especialmente el Mediterráneo por buques; pero éste venía á ser un medio secundario, un accesorio al comercio de tierra. Duraron así las cosas hasta que la navegación en derredor de Africa y el descubrimiento de América alteraron completamente su naturaleza.

Evidentemente habían de dirigirse los negociantes á aquellos países de donde se podían exportar más productos. Europa estaba en gran parte inculta; pero, aun cuando llegó á civilizarse, tenía poco que trocar con los extranjeros y debía limitarse al comercio de consumo. Al revés, las costas de Asia y Africa abrían ancho campo á las especulaciones, y sobre todo las necesidades del lujo hallaban con que satisfacerse á orillas del Indo. A semejanza de los árabes y de los mongoles modernos, poseían los antiguos persas tal abundancia de plata y oro, que empleaban estos metales no solo para ornamento de los palacios y tronos, sino para los enseres más comunes ¿de dónde lo extraían? En el Asia Menor, el Meandro y el Pactolo llevaban en sus aguas arenas de oro, pero no aparece que allí hubiese minas. Tiene muy pocas el Taurus hasta el lugar donde se divide para abarcar

el desierto de Cobi, del cual se extraía una inmensa cantidad, como también de la gran Bucaria. Esta cordillera se hace mucho más rica á medida que se adelanta hácia Levante; pero aquellas regiones, poco conocidas actualmente, lo eran todavía ménos en los tiempos antiguos. Las minas que explota á la sazón Rusia más allá del lago Baikal no suministraban gran porción entonces; venía mucho más de la Siberia. Por lo que hace á la plata, tan abundante bajo la dominación persa, que ciertos pueblos aprontaban su tributo en especie, se extraía del Cáucaso, de la Bactriana, y también de España.

Del corazón de Africa y del Indostan venían las perlas y piedras preciosas tan solicitadas para adornos de los reyes y de los sacerdotes, para anillos, sellos, empuñaduras, brazaletes y hasta para el jaez de los caballos. Siempre fueron muy abundantes en perlas el golfo Pérsico, las costas de Ceilan y de la península allende el Ganges. Perlas de aquellas playas iban á servir de adorno á las mujeres de Dario, como á Tippoo-Saib, muerto defendiendo su capital contra los ingleses; y al rey de Lahora, Rangit-Sing, cuando en otros tiempos recibía pomposamente á los embajadores de Europa.

Posee además el Levante las lanas más finas, la piel de camello y de cabra de Angora y cáñamo sin igual por lo excelente: posee asimismo el algodón y la seda, muy comun el primero, más rara la segunda, si bien los medos la usaban para sus trajes. Prescindiendo de los rebaños de Arabia y Cachemira, suministraba el Asia menor, y especialmente Mileto, lanas selectas á las manufacturas de Babilonia y de la Grecia. No eran ménos codiciadas las pieles si bien más por lujo que por necesidad de abrigarse contra el frío.

El incienso, prodigado en sinnúmero de sacrificios, venía del Asia y de la parte de Africa opuesta al golfo Pérsico; era, pues, transportado con los demás perfumes de aquellas comarcas, ya á Fenicia, ya atravesando el golfo á Babilonia y á lo interior de Asia. Parece que la canela, producto peculiar del Asia ahora, del mismo modo que la pimienta, crecía también entonces en la Arabia. El antiquísimo libro de Job menciona ya el comercio de las Indias y sus pintadas telas.

Tales eran los principales objetos del comer-

cio antiguo. Pero lo enorme de las distancias, los desiertos que era forzoso atravesar y las amenazantes hordas, obligaban á viajar en gran número, á llevar escolta de hombres armados y auxiliarse recíprocamente. Cualquiera que fuese la causa, es lo cierto que los ríos de Asia no tuvieron en el trascurso de luengos siglos la importancia que han adquirido para los trasportes los ríos de Europa; pero desde la más remota antigüedad, y cuando apenas acababa el hombre de someterse al camello y el elefante, encontramos las caravanas (*kier-qanes*). Siendo tan numerosas, convenia determinar los lugares hácia que habían de dirigirse todas, y escoger los más favorables para la compra y para la venta. Ríos, manantiales, sombras, oasis, trazaban el camino y señalaban las escalas ó estaciones, tanto para el descanso como para los almacenes y para los mercados. En Asia, donde se atravesaban países civilizados, se construyeron caminos y se aprestaron hospederías ó paradores de caravanas, segun se llaman actualmente. Su construcción y su sostenimiento se hacía con gastos y esfuerzos dignos de estados despóticos, en los cuales la actividad de un pueblo entero se reconcentra en un sólo punto. Herodoto nos describe los de los persas, que en nada se diferencian de los que halló Marco Polio en Mongolia. Desde el tiempo de Mahoma es una obra meritoria multiplicarlos.

Así como en la edad media, cuando no había seguridad pública, juntaban los religiosos en rededor de sus monasterios á los pocos mercaderes que llegaban á traficar allí, amparándoles con la inmunidad de los santos lugares y atrayéndoles con el gentío que acudía á las fiestas, del mismo modo en los siglos remotos venían á ser los templos ocasión y salvaguardia del comercio. Servían las ceremonias anuales de cita á los negociantes que se reunían allí en épocas fijas, y continuando su viaje se detenían en diferentes santuarios, donde coincidía su llegada con las solemnidades periódicas; de manera que allí encontraban á la muchedumbre por la devoción congregada, y de consiguiente más ocasiones de hacer más compras y más cambios. ¡Cuántas urgencias y comodidades no satisfacían los pueblos situados en el camino de las caravanas, trocando sus

géneros por los de los países extranjeros! Dirigiéndose en gran número los habitantes de las comarcas limítrofes á los paradores de las caravanas, fomentan las comunicaciones y las ventajas que halla el hombre en acercarse al hombre. Hasta los mismos nómadas armonizan sus intereses con los de los traficantes, suministrándoles camellos y sirviéndoles á veces de guías. Todo está determinado, los puntos de parada, de salida y de llegada, donde se abren los mercados se convierten muy pronto las tiendas portátiles en edificios: de año en año se multiplica el número de caravanas, de compradores, de hospederías y de almacenes; se forman aldeas y ciudades, donde el lujo y la abundancia dan pábulo á las artes y á la industria, á los bienes y á los males de la civilización. Así, las vías del comercio por tierra quedan cada vez más invariablemente trazadas. De cierto habia de resentirse de las frecuentes revoluciones de los imperios, y de ser ya interrumpido, ya llevado por otro punto; pero no tardando los nuevos conquistadores en comprender la ventaja producida por las caravanas, tanto á los particulares como á su propio tesoro que recauda de ellas tributos y donativos, se apresuraban á restablecer esta circulación de riquezas en el sosiego público y la seguridad de los caminos.

Puede decirse que en la antigüedad no se hacia el comercio más que en géneros, limitándose á satisfacer las necesidades ó el lujo, y á adquirir las primeras materias para venderlas ó trocarlas luego que las habia refinado la industria. Era el cambio la forma más habitual, y, aun cuando se hacia con metales preciosos, se calculaban éstos más bien al peso que en moneda acuñada. El comercio del papel moneda, tan importante hoy dia, estuvo en el estado de la infancia entre los fenicios, los persas, los hebreos; si hubo más tarde cambistas y banqueros en Atenas, Alejandria y Roma, acaso ignoraron el partido que podian sacar de los tratos y de letras de cambio, sin las cuales no habria medio de alcanzar la circulación necesaria: los antiguos no tuvieron crédito público, ni transmisiones prontas, seguras y frecuentes por medio de las postas.

El principal medio de transporte era el camello, de modo que las caravanas reduje-

ron sus expediciones á los países donde vivia.

Sin embargo, por muy prodigiosa que sea la fuerza de este bajel de los desiertos, apenas bastaria un centenar á conducir el cargamento de un buque de porte mayor de nuestros dias. Debia, pues, restringirse el comercio á géneros de poco bulto; así por ejemplo, aun cuando el arroz era conocido en Europa, solamente lo recibian en cantidad muy escasa, y hasta tal punto que en el siglo décimocuarto lo hallamos todavía como droga y vendido por los farmacéuticos en las tarifas de nuestras ciudades lombardas. Calcúlese lo que costarian el nitro y el azúcar si tuviéramos necesidad de que nos los trajeran por tierra desde Bengala. Abundaban extraordinariamente en trigo las costas de Africa y de Egipto, y á pesar de eso en vez de trasportarlo fuera, se amontonaba dentro de almacenes hasta que el hambre obligase á los extranjeros á llegar allí á buscarlo. Tambien el vino exige carros cubiertos y buenos caminos: pues bien, las Europa meridional que produce ahora la mayor parte, aún no cultivaba entonces la viña, y los países á quienes se la habia negado la naturaleza no bebian vino. Los aceites, empleados como manteca y para otros muchos usos por los antiguos, eran de más fácil transporte, pero preferian cargar de telas finas, de especias, de incensos, de metales, y en fin de todo aquello que encierra un gran valor en muy poco bulto.

Enseñannos los intérpretes y corredores que hallamos en Egipto, cómo diversas clases de individuos se dedicaban al comercio; mas no hubiera sido posible imaginar entre los antiguos la subdivision del trabajo de los modernos. Hoy puede el negociante vivir sosegadamente en su palacio de Londres ó Amsterdam, y traficar con ambos mundos por medio de corredores, dependientes y corresponsales: entonces necesitaba emprender en persona largos viajes, y ser á la vez capitán y propietario de la caravana ó del buque.

Hemos dicho tambien del buque, porque se incurriria en error deduciendo de lo que procede que el comercio marítimo fuese enteramente nulo. Hablaremos muy en breve de los fenicios, y entonces se verá que acontecia de muy distinto modo; pero se reducía, por decirlo así, á un simple cabotage, á viajar de un puer-

to á otro puerto, de un promotorio á otro promotorio, sin aventurarse á alta mar en ningun caso, y no contribuía tanto á su mezquino impulso la carencia de la brújula como la ignorancia completa de que más allá del Atlántico hubiera otro continente. ¿A qué habian de engolfarse más adentro no debiendo encontrar riberas? Por eso hemos dicho que la importancia del descubrimiento de Colon, no consistió tanto en poner de manifiesto regiones desconocidas, como el nuevo rumbo que imprimió á la navegacion, arrancándola de sus mezquinos derroteros para lanzarla á la inmensidad del Océano.

Todo el que conoce el mar sabe cuán trabajosa es la navegacion de las costas, y qué escuela tan útil ofrece á los marineros. No conocian otra los portugueses cuando doblaron el cabo de Buena Esperanza, ni los normandos de la edad media al recorrer toda la Europa; aun ahora mismo la pesca de Terranova y el transporte del carbon de piedra forman los mejores marineros de la marina inglesa. Hallándose contiguos los tres continentes conocidos por los antiguos, bastaba el amor á la ganancia y á los descubrimientos para que fueran visitados de costa en costa. Facilitó las comunicaciones el Mediterráneo unido al Mar Negro, rodeado de los países más fértiles y mejor cultivados, sembrados de islas y poco agitado por las mareas. Del mismo modo ayudaron á la navegacion en el Océano Indico, en comunicacion con los golfos Pérsico y Arábigo, la poca distancia de las costas, el gran número de islas y la regularidad de los vientos etesios. Soplando los vientos de Sudoeste de Mayo á Octubre, llevaban á los buques desde las riberas africanas hasta las de Malabar y de Ceilan; luego el viento del Norte que reina en el golfo Arábigo durante los mismos meses, los empujaba hácia el estrecho de Bab-el Mandeb. Llegado el invierno, los vientos del Nordeste en el mar de las Indias, y los del Sur en el golfo Arábigo, favorecian el retorno de los buques:

Nos permite determinar la direccion del comercio la invariabilidad conservada, segun hemos dicho, en su curso. Babilonia, junto al Eufrates; Bactres y Samarcanda, junto al Oxó; las costas del Mediterráneo y del Mar Negro parecian designadas por la naturaleza para brillar

florecientes, dando vuelo y empuje al comercio, eran, pues, los puntos de partida y de arribo de las caravanas.

Las que traficaban entre Arabia y Fenicia, cargadas con los productos de la India y del desierto, hacian alto en Petra, en la Arabia septentrional, y desde allí ganaban el Líbano.

Las que hacian la travesía desde Persia á Babilonia, se encaminaban á la gran ciudad, donde se trabajaban más particularmente las materias en bruto de la India, y ya por la Lidia hasta Suza; ya por Fenicia cruzando á Palmira en el desierto. Tamsaca junto al Eufrates y el muro de Media; ya en fin por la Siria, recorriendo la Mesopotamia, con fin peligroso por sus bandas errantes, que habia necesidad de conciliarse con regalos; pasaban el Eufrates por Antemusia, descendian á Edeso por Babilonia, y atravesando las landas de los scenitas ó nómadas, iban á tocar á Scena, distante solo sesenta millas de Seleucia junto al Tigris.

En cuanto al Asia occidental, iban por lo interior las caravanas desde Babilonia y Suza á la India, dejando al Norte el desierto entre la Persia y la Media. Por este camino atravesaban la Mesopotamia hasta Ecbatana y Rages, hácia los puertos Carpios, hoy dia gargantas del Dariel, paso inevitable entre el Occidente y el Oriente. De allí por Hacamópolis en la Partia; por Alejandria en Asia, Proftasia, Ortospaña, llegaban al Indo tras un viaje de cerca de seiscientas leguas.

Cuando querian ir las caravanas desde el Asia Occidental á la Bactriana y á Samarcanda, despues de llegar á Alejandria en Asia, por Maracanda se dirigian hácia Iasarta y las fronteras de la Gran Tartaria. En Bactres y en Samarcanda (Gran Bukaria) estaba el depósito de las mercancías de la India destinadas al Asia septentrional; y allí, del mismo modo que á las riberas occidentales del mar Caspio, acudian en tropel las hordas de lo interior como á su natural mercado, de lo cual resultaba una frecuentísima comunicacion entre una prodigiosa variedad de poblaciones nómadas. Hallábase además cruzada el Asia por un camino que desde las ciudades griegas, junto al Mar Negro, conducia por los montes Ourales hasta el país de los Agripeos ó Kalmucos de la Gran Tartaria.

Para encaminarse al Africa seguian la direccion de que no se han apartado todavía, salvo que ahora parten desde el Cairo. Entonces partian desde Tebas para ir á parar al oasis de Júpiter Ammon, donde recibian, tanto de la Etiopia como de los nómadas, los productos preciosos de lo interior de esta península, y los trasportaban á orillas del Nilo ó al Mediterráneo.

Comenzaron los fenicios sus expediciones pacíficas por la piratería; en tiempo de la guerra de Troya, cuando Homero ensalza á Rodas, amada de Júpiter, y á la opulenta Corinto, y á la espléndida Orchomana, enriquecida por el comercio, abordaban los fenicios á las costas de la Grecia, y dando salida á joyas y bagatelas, se llevaban consigo mancebos y doncellas que vendian inmediatamente en los mercados de Asia ó á quienes devolvian la libertad mediante un crecido rescate sin que esto les avergonzase más que á los beduinos del dia les avergüenzan sus pillajes. Ulises cuenta en Homero que antes de ir á Troya se le habia visto ir en corso por mar nueve veces; y Menelao enseña á sus hijos que haciendo el curso durante ocho años en Chipre, en Fenicia, en Egipto, entre los etiopes y en Libia, acumuló tantas riquezas como no habia llegado á poseer ningun hombre. Dice tambien Plutarco que los héroes se honraban con el título de ladrones: en tiempos posteriores autorizó Solon las asociaciones para la piratería: el latrocinio es considerado por Aristóteles y por Platon como una especie de caza.

Cabalmente las primeras hazañas de los héroes de Grecia son llevadas á termino contra corsarios: el acrecimiento que tomó este país debió pues hacer cambiar de sistema á los fenicios, que, segun Strabon, tenian puntos de recalada en las costas occidentales de África, poco despues de la guerra de Troya. Ya hemos visto tambien que en tiempos de Salomon partieron de los puntos septentrionales del golfo Arábigo para navegar con rumbo á Tarses y Ofir, en la Arabia Feliz y en Etiopia, de donde volvian al cabo de tres años cargados de oro, plata, marfil, perlas y otras mercancías. Su comercio tomaba tres direcciones principales para la Arabia y la India al Mediodía; al Levante para Asiria y Babilonia; para Armenia y el Cáucaso al

Norte. La primera, que era la más importante de todas, se hacia igualmente por la vía de mar ó de tierra. Saliendo del golfo Pérsico tocaban en la península indiana aqueude el Ganges y la isla de Ceilan, donde cargaban de canela y cinamomo. Sea por efecto de la costumbre que tienen todos los viajeros de exagerar las cosas, sea por no suscitarse concurrentes, contaban que la primera era llevada allí por aves de rapiña; y que era en extremo difícil de recoger el segundo á causa de serpientes muy venenosas.

Caravanas de nómadas que se dirigian al Yemen ó á Gerra, cerca del golfo Arábigo, llevaban de la Arabia á Tiro inciensos, mirra, acacia (*lauruscasia*), laudano (*cistus creticus*), oro, perlas y marfil. Este tráfico enriquecía grandemente á muchos pueblos de la Siria y de la Arabia, con especialidad á los edomitas de la Idumea, que revendian á los fenicios y á los madianitas, entre quienes era tan abundante el oro, que los hebreos que los sujetaron á vasallaje encontraron no sólo para prodigarla en sus propios adornos, sino tambien para hacer collares á sus caballos. Recibian los fenicios de Egipto el algodón, el trigo, los tegidos, y le llevaban vino en ciertos toneles de barro que los persas colocaron á modo de cisternas para el agua á lo largo del desierto cuando fueron señores de Egipto. Suministrábase la Palestina el mejor trigo, vino y aceites, que aún son superiores á los de la Prevenza, así como el bálsamo tan renombrado de la Meca, y que se recogia cerca del lago de Genezareh. Sacaban de la Siria el vino de Calibon (Alepo), y la lana del desierto; y cabalmente continuando por el desierto el camino, donde la comodidad del comercio hizo que se alzarán y florecieran Balbek y Palmira, ganaban Babilonia, y volviendo desde allí hácia Persia iban á parar al país de la seda.

Al Norte se dirigian hácia el Mar Negro y el Mar Caspio, sacando de la Armenia y de los países limítrofes caballos, vasijas de cobre y esclavos, que eran muy gallardos en aquel punto: por este comercio de esclavos les maldecian los profetas, amenazándoles con que tambien habian de ver algun dia vendidos sus hijos á los sabeos.

Construian los fenicios sus naves casi redon-

das con muy poca quilla á fin de navegar rasando con la playa; las hacian bogar contra el viento con el auxilio de anchas velas y de grandes remos. En seguida las hicieron largas y afiladas para la guerra: debieron salir de sus arsenales tanto la flota de Salomon como las de Semiramis y Sesostris. Aprovecháronse en el mar de las observaciones astronómicas de que se servian otros pueblos para los agujeros, y se orientaban llevando fijos sus ojos en la Osa menor, lo cual indujo á decir que esta constelacion la habian descubierto ellos.

Esparcian del mismo modo las mercancías de Oriente, surcando los mares interiores, en cuyas costas fundaron innumerables establecimientos que conservaron vestigios de su idioma. No bien habia surgido del seno del mar, dieron moradores á la isla de Delos. Viéronles multiplicarse en sus riberas Chipre, Rodas, Sicilia y Cerdeña. Sacaban de Malta el coral, y la pez de Italia; buscaban especialmente los países ricos en minas, que hacian explotar á los naturales de grado ó por fuerza; algunas veces llevaban consigo esclavos. Erales muy querida la España, porque allí encontraban plata hasta á flor de tierra; y así fué para ellos lo que el Perú ha sido despues para los españoles. No sólo extraian plata, sino tambien oro, estaño, hierro, plomo; ademas les suministraba trigo, vino, aceite, cera, una lana de mucha estima, pescado salado, esquisitos frutos, cuya abundancia sugirió la idea de ponerlos en dulce. Un carnero de España se vendia hasta en un talento; en cambio de estos géneros proveian á los naturales de lino, del cual hacian su traje comun los españoles, y de esas bagatelas que á los ojos de los bárbaros son siempre agradables.

Cádiz era su punto de partida para las expediciones más lejanas: preténdese que las llevaron hasta Canarias y la Madera. Es cierto que cruzaron el estrecho y fueron á buscar estaño, y aun tal vez el ámbar amarillo, cuyo precio igualaba al del oro, á la gran Bretaña y á las islas Schilleys: llegaron hasta Prusia y el Mar Báltico, y en fin á todos aquellos puntos adonde podian ir costeando. Cuéntase ademas que Néchao, rey de Egipto, les persuadió que diéran la vuelta al Africa el año 610 antes de Jesucristo; habiendo, pues, partido desde el Mar

Rojo y siguiendo siempre la tierra, en cuanto se lo permitian las corrientes y los vientos, parece que despues de tres años de viage llegaron á desembocar por el estrecho de Cádiz á la embocadura del Nilo. Para probar que tambien cruzaron el Océano, se ha supuesto que al pié de las cordilleras se han hallado inscripciones fenicias, y que el Belo asirio y el Mithras persa tuvieron en America su culto, donde las hijas del sol traen á la memoria las vestales, á la par que los palacios de Méjico y del Perú ofrecen los tipos y los geroglíficos de Egipto.

Sea como quiera, cuando Jerjes acometió á la Grecia con su flota, no osaron los fenicios pasar más allá de Samos al Occidente, bien que no distase más de sesenta millas de las primeras Cíclades: Micon y Tenos; añádase á esto que el gran número de sus naves les hubiera permitido hacer, por decirlo así, la cadena. Mas quizá fué este un fingimiento por su parte, apartándoles algun nuevo interés de seguir favoreciendo á los persas; porque el interés era el resorte principal de sus resoluciones: les hacia ocultar con esmero sus expediciones á fin de estorbar que otros lograsen coyuntura de rivalizar con ellos, y divulgaban con este objeto fábulas extrañas que en lo sucesivo recogieron sin discernimiento los historiadores. Acaso conviene atribuirles los nombres espantosos de *Bab-el-Mandeb*, puerto de la aficcion; de *Meté* ó muerte, dado á otro puerto del golfo Arábigo, donde probablemente es menester buscar el *Gardafan*, ó cabo de los funerales. Refiere asimismo Estrabon que cuando se veian espiados por buques extranjeros, se desembarazaban de ellos extraviándolos en medio de arrecifes y de bancos de arena, donde les atacaban como corsarios á fin de quitarles la aficcion á los viajes. Hace este aserto ménos improbable la circunstancia de que no era tanta su lealtad como su destreza en las relaciones comerciales, de manera que el ajuste fenicio y la fé fenicia llegaron á erigirse en proverbio entre griegos y romanos.

Por lo demas, todos los pueblos comerciales procuran tener donde sean acogidos sus barcos, dominar en los puntos donde llegan á hacer sus compras, estorbar la competencia, y evitar las colisiones capaces de perturbar el sosiego. Tal debió ser la política de los fenicios; pero los his-